



Comparatismo intraamericano: Método propio para temas propios

MARCELA CROCE

La investigadora argentina Marcela Croce, quien dictó un seminario sobre Metodologías de Literatura Comparada para la Maestría de Literatura, mencionó en Literatura Latinoamericana, aborda en este ensayo sus aproximaciones al comparatismo como método tendiente para tratar la unidad en la diversidad que distingue a nuestra cultura.



En un libro de indagación dialógica, *El sujeto dialógico*, Julio Ortega sistematizó tres grandes modos de conceptualizar a Latinoamérica: el discurso de la abundancia en el que incurrieron los cronistas de Indias, que alucinaban un paraíso donde lo que se ofrecía a la vista superaba la cotidianidad europea; el de la carencia, que fue su contracara y a la vez su resultado, al cabo de la prolongada e impiadosa explotación a la que fueron sometidos los territorios americanos; y el de la utopía, que alimentó las expectativas independentistas de la avanzada del pensamiento americano del siglo XIX, sintetizadas en los desvelos anfictionicos de Simón Bolívar, recogidos un siglo más tarde por Augusto César Sandino. Me aferro a este último aspecto, el de la utopía, para afirmarme en los antecedentes de la voluntad unificadora continental.

La vocación anfictionica no debe confundirse con la simplificación de concebir a América Latina como pura adición de naciones. Ya Ana Pizarro, en *La literatura latinoamericana como proceso*, advertía sobre ese inconveniente en la presentación de un volumen que confiaba en los procesos y no se exaltaba en soluciones. En el afán de detenerse en la puesta en marcha y el avance antes que obnubilarse en el punto de llegada radica lo que procuro plantear aquí: no apelo a una ontología de lo latinoamericano, que acarrea el riesgo del esencialismo, sino que apunto a una metodología idónea para abordar la producción de América Latina en su originalidad. No pretendo minar la confianza en teorías extranjeras, cuya utilidad es innegable en multitud de casos, sino insistir en la urgencia de enunciar —y sobre todo de promover— un método propio que no responda a patrones centralistas.

Se me objetará que prefiera al comparatismo, con sus resabios europeístas, concediéndole una ventaja que me obstino en negarle al poscolonialismo, con la precisión de un nombre-insignia. Sobre este último mantengo una prevención justificada en que las imposiciones de las academias metropolitanas representan una forma adicional de colonialismo, de ningún modo una estrategia para sortearlo. Además, suponen que al sur del río Bravo no existen condiciones propicias para la teoría y convierten a la zona en pura consumidora en este plano. Correlativamente, le asignan escasa relevancia estética: de ella se esperan testimonios desgarradores, crónicas desoladas, relatos de un realismo descarnado que transitan desde el indigenismo y la novela de la tierra en la década de 1920 hasta las narconarrativas un siglo más tarde, devenidas en género por la intervención normativa de los Departments of Spanish and Portuguese norteamericanos. La creación efectiva no se les reconoce a los hispanohablantes; apenas si se la atiende como un avatar de los estudios de mercado que hacen de las editoriales con sede en Madrid y Barcelona sus focos de interés.

“**No pretendo minar la confianza en teorías extranjeras, cuya utilidad es innegable en multitud de casos, sino insistir en la urgencia de enunciar —y sobre todo de promover— un método propio que no responda a patrones centralistas.**”

Creo que las suspicacias que despierta el comparatismo entre los honestos practicantes de una crítica latinoamericana no sujeta a dictados pretenciosos, responde a que aún no ha sido desarrollado en todas sus virtualidades. Excluyo de mi postulación, por supuesto, tanto al comparatismo eurocentrista autosatisfecho que prodigó etiquetas a todo lo que mantuvo en la órbita de lo periférico para afirmar su verticalismo, como a quien acude al método con un ojo puesto en los textos y el otro fijado en el principio de jerarquía.¹ Rehúso a detenerme en el ridículo de quienes sostienen que solo se puede practicar comparatismo en Europa, como en el de quienes catequizan con la exigencia de que se comparen exclusivamente producciones en diferentes lenguas.

Me eximo de tales dictados menos con afán de provocar a una disciplina secular que con la decisión de establecer que el comparatismo latinoamericano sea un método tendiente a abordar la *unidad en la diversidad* que distingue a nuestra cultura. En vez de tomar partido por la *transculturación* o la *heterogeneidad*, en tanto instrumentos teóricos para considerar las producciones vernáculas, tributando respectivamente a Ángel Rama (vindicador del concepto inaugurado por Fernando Ortiz) y a Antonio Cornejo Polar (quien admite la coexistencia no exenta de intersección entre la heterogeneidad, el abigarramiento, las literaturas diglósicas y otros fenómenos concomitantes),

“ La decisión de establecer que el comparatismo latinoamericano sea un método tendiente a abordar la unidad en la diversidad que distingue a nuestra cultura. ”

prefiero combinar tales hipótesis sobresalientes y habilitarlas como modelos operativos. Paso, entonces, a las alternativas que no han sido contempladas aún o que recibieron apenas una visitación fugaz.

MODULACIONES COMPARATIVAS

La primera vertiente apunta a desestabilizar el comparatismo tradicional establecido entre literaturas «centrales» y «periféricas» a fin de suprimir cualquier jerarquía entre ambas. Se trata entonces de poner en relación a la literatura europea o norteamericana con la latinoamericana en un pie de igualdad. Incluso más: apropiarse de aquellos textos que se refieren a América Latina, independientemente del origen de su autor y de su lugar de producción. Fue así como Rama incorporó las *Cartas americanas* del barón Von Humboldt en la Biblioteca Ayacucho y es, en ese sentido, que sostengo que Graham Greene excede al latinoamericanismo frugal de quienes se mantienen en los límites estrictos de la lengua castellana. Es él quien denuncia la existencia de los *tonton-macoutes*, fuerzas de choque fomentadas en Haití por la dictadura feroz de Papa Doc Duvalier,² cuando escribe *Los comediantes*, en una serie expansiva que recorre México en *El poder y la gloria*, Argentina y Paraguay en *El cónsul honorario*, Panamá en *El general* y, por supuesto, *Nuestro hombre en La Habana* durante la antecámara de la Revolución cubana, en 1958.

Existe multitud de casos en que una ejecución metodológica de esta índole se vuelve no solamente productiva, sino prácticamente inevitable. Acudo a un ejemplo clásico: la lectura de *Os Sertões* (1902), de Euclides da Cunha, no puede renunciar a la de Humboldt.³ La reso-

1 El estrabismo regocijante, se sabe, fue una patología del romanticismo latinoamericano: «Tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad», proclamaba Esteban Echeverría en el *Dogma socialista* (1846).

2 La incorporación de Haití a América Latina está sobradamente justificada: la primera república independiente de este sector continental fue parte del itinerario de Martí en el recorrido final de *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, produjo autores que Rama integró a nuestro repositorio americano de la Biblioteca Ayacucho —como Jacques Roumain—, ofreció recursos para la expansión real maravillosa de Alejo Carpentier y sufrió el inmerecido desprecio de Pedro Henríquez Ureña, quien consideraba que República Dominicana hubiese tenido un destino más auspicioso de no haber compartido la isla con una «patria de negros».

3 No me detengo aquí en algo que considero tan natural como para prescindir de argumentaciones: la inclusión de Brasil dentro de América Latina, a pesar del desdén con que algunas instituciones insisten en derivar a Brasil al orden imperial y colocarlo junto a Portugal mediante el discutible expediente de la comunidad lingüística. Baste el afanoso proyecto del Mercosur como antecedente entusiasta —aunque inicialmente limitado y actualmente bastante alicaído— en tanto demostración de la pertenencia del país al orden latinoamericano.



Alexander Von Humboldt y Aimée Bonpland al pie del volcán del Chimborazo.
Friederich Georg Weisch, 1890.

nancia inicial, paleográfica, que registra la idea humboldtiana de que el Planalto brasileño es una antigua meseta marítima de la cual se retiraron las aguas hace millones de años impregna con su vehemencia determinista todo el texto. No podría atribuirse a la geografía semejante incidencia sobre los comportamientos de los sujetos si la historia natural no hubiera sido repuesta con precisión de topógrafo desde la referencia inicial.

Va de suyo: el alemán Humboldt probablemente sea el fundador de la literatura latinoamericana moderna, con su vocación descubridora, su inclinación al dibujo de espacios inconcebibles y su empeño por escribir en un francés que no es su lengua ni la de los lugares que visita.⁴ La descripción de México como «la región más transparente del aire» (que repercute por igual en la *Visión de Anáhuac* [1916] de Alfonso Reyes y en *La región más transparente* [1958] de Carlos Fuentes), la referida hipótesis sobre el Planalto, el ascenso al Chimborazo replicado por Bolívar para derivar en el «delirio» independentista e incluso la intervención ficcional que le deparan Ibsen Martínez (*Humboldt y Bonpland, taxidermistas*, 1981) y Tomás de Mattos (*La fragata de las máscaras* de 1996, que recupera el juicio al Benito Cereno de Melville para ubicarlo en la Lima por donde se desplazan el sabio prusiano y su compañero francés) resultan pruebas indudables de su impulso y de los efectos de su misión continental.

Un segundo ejemplo ratifica la significación de la nómina que antecede. *Historia secreta de Costaguana* (2007), la novela de Juan Gabriel Vásquez sobre la secesión forzada de Panamá que

“ El alemán Humboldt probablemente sea el fundador de la literatura latinoamericana moderna, con su vocación descubridora, su inclinación al dibujo de espacios inconcebibles y su empeño por escribir en un francés que no es su lengua ni la de los lugares que visita. ”

4 Conviene recordar que las primeras utopías vernáculas también relegaron el castellano, pese a ser la lengua de sus enunciadores y de sus eventuales beneficiarios: Francisco de Miranda redactó *Colombo* (1801) en francés; Bolívar le dirigió a un ciudadano de Kingston su *Carta de Jamaica* (1815) en el inglés del destinatario.

transita el negociado escandaloso de los franceses por el canal y la ignominiosa intervención norteamericana para alzarse con la concesión por noventa y nueve años se perfila como diálogo permanente con *Nostramo* (1904) de Joseph Conrad. El oprobio de los intelectuales idealistas y progresistas en el marco de repúblicas anárquicas anota una diferencia clave frente al desdén generalizado que el marino polaco —devenido escritor inglés— dilapida sobre la *América que aún reza a Jesucristo y aún habla en español*. La centralidad canónica de Conrad en la literatura europea es reapropiada con el fin de recomponer un conjunto de sucesos colombianos. Tal ejercicio ficcional elude la normativa de la novela histórica sin abandonar sus revelaciones y se encara con el imperialismo merced a un tono entregado a seducir con el enhebrado de personajes y situaciones, en lugar de sofocar con el énfasis de la denuncia.

Arribo al segundo modo comparatista, que apela a cuestiones genéricas. Cabe revisar aquí, entonces, casos como el del relato policial, que trueca su función desde el modelo «negro» en que el detective es un cazador solitario hasta el ajuste latinoamericano en que el investigador se lanza a resolver asuntos de la comunidad y se muestra más avezado en el respeto a las particularidades sociales que a echarse en persecución de infractores. El paralelo entre *El halcón maltés*, de Dashiell Hammet, y *Agosto*, de Rubem Fonseca, muestra el tratamiento diferencial que se le depara a la trama de engaño y corrupción que rige sociedades en descomposición. La historia norteamericana de los años veinte, durante el imperio de la Ley Seca, y la reconstrucción de un Río de Janeiro delincencial en el que el crimen de Estado es la culminación de la serie ilegal marcan una distancia evidente en las hipótesis que cada relato provee respecto del poder y sus alcances.

Algo similar ocurre con el teatro del absurdo. Martin Esslin en *The Theatre of the Absurd* insistió en identificarlo como un producto de la posguerra europea, consecuencia de la pérdida de la fe y del derrumbe de la lógica occidental incapaz de frenar la autodestrucción. Sin em-

“

La precedencia y la nota vanguardista exacerbada otorgan primacía al ejercicio latinoamericano sobre el metropolitano y obligan a revisar las teorías que presentan al fenómeno como dependiente de un contexto que no es el de su aparición genuina, sino el de su repercusión más evidente.”

bargo, ciertos ejercicios dramáticos de Virgilio Piñera en Cuba (desde la versión desenfadada del mito clásico que ofrece *Electra* Garrigó en 1941) son anteriores a las propuestas de Eugène Ionesco y superan en el manejo de la luz y el despliegue de la circularidad lúdica la revisión norteamericana del fenómeno europeo que se verificaba, por ejemplo, en Edward Albee. La precedencia y la nota vanguardista exacerbada otorgan primacía al ejercicio latinoamericano sobre el metropolitano y obligan a revisar las teorías que presentan al fenómeno como dependiente de un contexto que no es el de su aparición genuina, sino el de su repercusión más evidente.

Tales datos exigen erradicar de la historia de la literatura los criterios estrechamente cronológicos para incorporar otros modos organizativos, que competen a la tercera inflexión comparatista. Presumiblemente, reclaman una historia comparada de las literaturas americanas, no como la que cumplió Luis Alberto Sánchez en 1971 (que, por cierto, no desdeñaba la producción de Estados Unidos), todavía demasiado aferrada a criterios nacionales, excepto para el período colonial previo a esa división política. Un comparatismo intraamericano debería aliviarse de entorchados patrióticos y reivindicaciones telúricas para perfilar un tercer modo, el que atañe a los fenómenos propiamente continentales. Los ejemplos obligados para su práctica los proveen aquellas estéticas que atraviesan el territorio y las culturas para abonar lo que Silviano Santiago llamó «el



cosmopolitismo del pobre». Allí se alinean, con afición trans-histórica, el barroco del siglo XVII —recuperado y refuncionalizado en el neobarroco del siglo XX y sus derivas— y el modernismo. Me atrevo aquí a trazar la equivalencia por la cual, así como la transculturación puede proponerse en tanto inconsciente cultural de Latinoamérica, corresponde situar al modernismo como inconsciente poético de este recorte entrañable.

Una cuarta variante del comparatismo no es patrimonio latinoamericano, aunque sigue reclamando una teorización local: la que propone parangonar textos literarios con imágenes, sean obras pictóricas, arquitectónicas o cinematográficas. Es entonces cuando cobran relevancia los énfasis fundacionales que alientan a *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949), de Pedro Henríquez Ureña, quien ofrece en un único episodio una triple postulación: la del Barroco como creación americana, la de la imagen como condensación histórica —puro anacronismo, en los términos en que Georges Didi-Huberman, en *Ante el tiempo: Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, la coloca a partir de la instantaneidad refulgente de Walter Benjamin en *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*— y la de América como pauta para la cronología europea. Me refiero a la hipótesis desprendida de la copia de Rubens del cuadro *Adán y Eva en el paraíso* de Tiziano, que agrega un guacamayo —un ave, se encarga de resaltar, de las selvas americanas— y confirma así el paso del Renacimiento al Barroco. Si no hay categoría histórica europea que no quede afectada por la presencia de América, la pretensión de un comparatismo exclusivamente europeo se desbarata por su propia nulidad.

En el laborioso emprendimiento de un método propio para cuestiones propias, reservo el ahínco para el ejemplo que, junto con representar una tentativa de superación de nacionalismos cerrados y rivalidades superfluas, habilita un quinto modo de práctica deseable: la que vincula diversas formulaciones discursivas. Semejante ejercicio está centrado en la asociación voluntaria de las comarcas revalorizadas por Rama. Aquí me animo a abusar de la definición comarcana como espacio reducido que abraza cierta homogeneidad, para extenderla a territorio ampliado en el cual las semejanzas se vuelven construcción voluntariosa y las diferencias apuntalan una empresa cuyo valor radica en el empeño contrastivo antes que en el logro unificador.

Su divisa arraiga menos en vacilaciones teóricas que en la ficción de «El impostor inverosímil Tom Castro», de Borges: una dama irlandesa, desesperada por el naufragio fatal de su hijo, está dispuesta a reconocerlo a toda costa, inca-



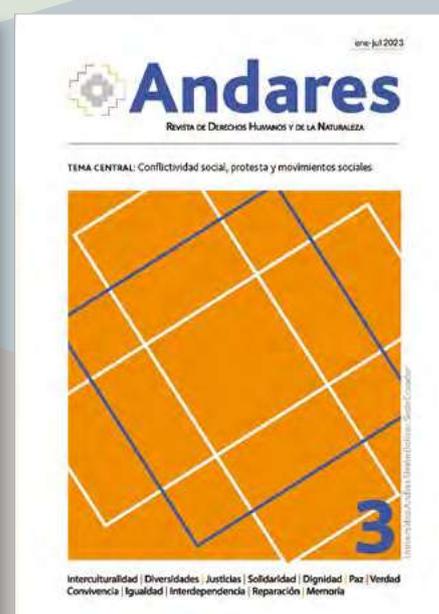
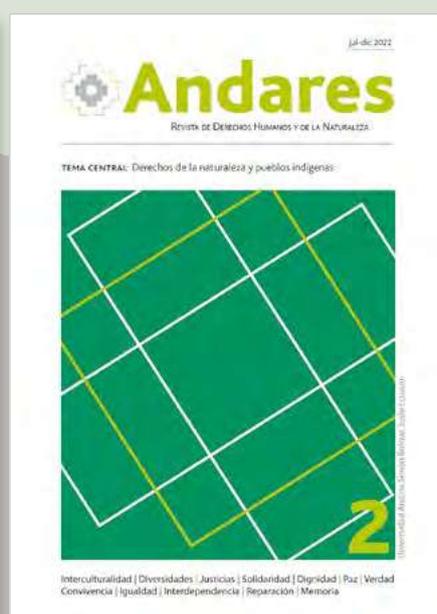
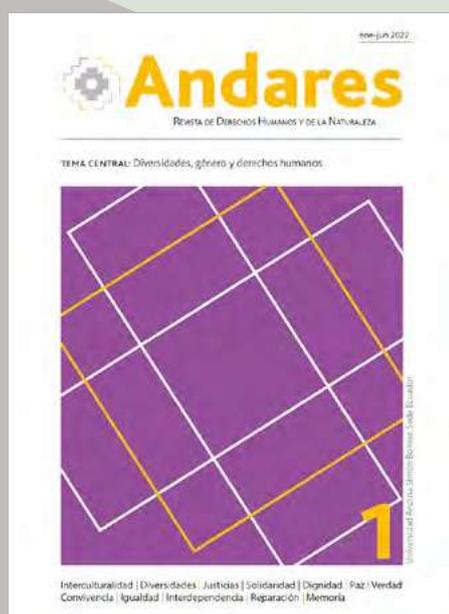
Adán y Eva. Pieter Paul Rubens.
(Obra copiada de: Tiziano, Vecellio di Gregorio)

“
En el laborioso emprendimiento de un método propio para cuestiones propias, reservo el ahínco para el ejemplo que, junto con representar una tentativa de superación de nacionalismos cerrados y rivalidades superfluas, habilita un quinto modo de práctica deseable: la que vincula diversas formulaciones discursivas.”

paz de admitir su muerte. Una mente inescrupulosa organiza el fraude del reemplazo, pero, consciente de que cualquier forzada semejanza solo filtraría las inevitables diversidades, prefiere mostrar una figura completamente ajena a la perdida, haciendo mutar al refinado y esbelto *gentleman* septentrional en un palurdo chileno achaparrado, que apenas si habla su lengua materna con tropiezos. (Nótese otra ventaja de mi recurso a este relato: la incorporación del Pacífico, ese costado latinoamericano que la sostenida preferencia atlántica y las veleidades transatlánticas tienden a relegar.) Lady Tichborne no se detiene en las que estima nimiedades de la identificación, las cuales resultan a su vez aplastadas por la explicación imbatible del urdidor del engaño: catorce años de hemisferio austral pueden arrasar con distinciones de cuna, dominio lingüístico y maneras caballerescas. Dejo en este punto la propuesta: los efectos del Sur pueden ser causa de mutaciones extremas, pero también de reconocimientos enfáticos. En estos prolegómenos que estimo auspiciosos quiero radicar el comparatismo latinoamericano que defiendo.



Publicaciones



ANDARES: REVISTA DE DERECHOS HUMANOS Y DE LA NATURALEZA